

FLORES PARTICULARES

nora eckert

traducido por Virginia Maza
prólogo de Alana S. Portero



Am Strassenholz, 1959

Lo que no se ve en la fotografía

Las fotografías cuentan historias, unimos unas con otras. ¿Qué hay de esta foto de un niño pequeño? ¿Cuántos años tendrá? ¿Cinco, seis quizá? ¿Cuál es su historia? Yo soy la que mira obediente a la cámara, con un atisbo de sonrisa en la cara y los ojos grandes y despiertos. Cuando no se sabe qué cumplido hacerle a una mujer, se suele elogiar la belleza de sus ojos o de su cabello. Por eso es por lo que jamás he sabido cómo reaccionar cada vez que alguien se prendía de mis preciosos ojos... aunque no es el momento de hablar de esto. ¿Qué más llama la atención? La raya planchada del pantalón, algo que hoy apenas se ve. Los pantalones los cosió mi madre con unos viejos de papá. En los años cincuenta se cuidaban los gastos.

Cuando llegara el fotógrafo, tenía que estar como era debido. Por eso me pusieron ropa buena. Me maravilló que se pudiera hacer un pantalón tan pequeño con uno de

persona mayor, y estuve presente en todo el arreglo, incluidas la toma de medidas y las pruebas. No me gustaba llevarlo. Me picaba en las piernas y la tela estaba tiesa. Lo que más me molestaba era que con él puesto no me permitían jugar, me habían sentenciado a no moverme. Al fondo de la fotografía asoman los rodrigones del jardín de mi madre, cubiertos por un frondoso manto de hojas de habichuela.

Este aspecto tenía el niño que se convirtió en mujer dieciséis años después. ¿Cómo sucede algo así? La foto no sabe nada de esa historia, sólo muestra a un niño. Tampoco permite ver nada del drama en miniatura que la precedió. No nos deja distinguir ni a la mujer de luego ni las lágrimas que corrieron poco antes de que se tomara. Y es que después de ponerme como un pincel a primera hora de la mañana, lo suyo era seguir estando como un pincel (como me advirtió mi madre) hasta que llegara el fotógrafo. Sin embargo, el quitamanchas y yo éramos uña y carne, como suele pasar en la infancia, así que era prácticamente inevitable que llegara la mancha. Se exhibía ufana en mitad de la pernera. Hubo bronca, pero lo que no hubo por desgracia eran otros pantalones buenos para cambiarme. Estas dos historias están grabadas en la imagen, aunque no se vean. Y, de todos modos, al final en la fotografía apenas se distingue el lamparón, con lo que aquel alboroto fue por nada.

Cuando miro hoy el rostro del niño que fui, veo mucho más, veo seis décadas de una vida agitada y fuera de lo corriente. Eso, por un lado, crea distancia, una distancia tan grande que casi me parezco otra persona; por otro, sin embargo, tengo la sensación de ser hoy más dueña del lejano

tiempo de la infancia que entonces, porque sé más sobre él y sobre mí que en la época en la que se tomó la fotografía. El niño que fui no sabía nada todavía de lo que estaba por venir, aunque su secreto iba con él desde el principio. Siempre se dejó notar, como algo inidentificable, pero no impidió que el chico se sintiera a gusto en su piel. Creo que se le ve en la cara. En primer lugar, esa piel era la suya y, además, envolvía lo que dieciséis años después le sirvió para reconocerse: eres una mujer. A la mayoría de la gente le cuesta comprender que un chico reclame una identidad femenina, esa singularidad de la naturaleza humana. Sin embargo, el mocoso de la foto se las arregló bien cuando ya era un hombre joven (salvo con las manchas, para las que siguió siendo un imán).

Quiero contar cómo el niño se convirtió en mujer, en mujer trans para ser precisa —más adelante se comprenderá mejor esta sutil diferencia—. El relato comienza con mi llegada a Berlín, porque mi historia está unida de forma estrecha e indisoluble a esa ciudad. Quiero contar cómo llegué a ser lo que soy. Mi trans*idad ha sido una historia afortunada, y aquí la van a conocer. Al terminarla, no obstante, me gustaría echar la mirada atrás y detenerme de nuevo en lo que fue el hogar del niño de la fotografía, en su infancia y su juventud. Puede que así comprendan que no podemos huir de quienes somos ni tenemos motivos para hacerlo: *I am what I am*. Esto ya lo tenía claro el niño que posa delante de las habichuelas de su madre con la sonrisa de Mona Lisa, aunque todavía no sabía ni una pizca de inglés.

La llegada a la gran ciudad

«...la ciudad más decadente de Europa. Nos dirigimos al Romy Haag, no había clubes como ese en ningún otro lugar. (...) la noche londinense no era tan alternativa. (...) La ciudad era más crepuscular y perversa que hoy en día, no tenía nada de burguesa».

BRYAN FERRY¹

Todo comenzó en Berlín y con Berlín. La ciudad siempre ha sido perfecta para eso; aunque no tanto para principiantes, sí para todo tipo de comienzos. Tenía un atractivo mágico, y sigue conservando esa fuerza, aunque de otra manera. Lo que me hace pensar en una frase un tanto manida, pero no por ello menos certera: «Berlín no es nada, pero puede

1 Extractos de una entrevista para *Der Tagesspiegel* (29/12/2014). Todas las notas son de la traductora.

convertirse en cualquier cosa». Esta ciudad, que en los años setenta seguía devastada por la guerra como ninguna otra de las grandes urbes de Alemania Occidental, se había convertido en símbolo de supervivencia (de facto y en un doble sentido) y, también, de vida alternativa. El lema de la ciudad y de quienes vivíamos en ella —aunque acabáramos de llegar a Berlín Oeste— era «ahora más que nunca». Digo que lo era en un doble sentido porque, por un lado, el símbolo apelaba a la supervivencia como espacio urbano abierto de media ciudad que estaba completamente aislada y, también, a la forma en la que sus habitantes seguían adelante y que consistía, básicamente, en que cada cual podía ser como quisiera con tan sólo quererlo. El amurallamiento de esa «unidad política independiente», como se denominaba a la mitad occidental de la ciudad según el código lingüístico de la RDA, no cambiaba en nada esa magia. Para quienes vivíamos en ella, lo importante en cualquier caso era recordar que aquello era Berlín Oeste, no sólo Berlín, como se solía repetir desde posturas ideológicas del Este. Durante prácticamente treinta años, esa insularidad fue un ingrediente importante del atractivo de Berlín Oeste. Quizá explique por qué cuando alguien viene de turista no deja de buscar pedacitos del Muro, como si aún guardaran dentro el misterio de una época que terminó hace ya mucho.

Aquí, un icono del pop como David Bowie podía tener la sensación de estar en una isla desierta entre dos millones de personas, sin que lo reconocieran ni molestaran. Todo el mundo conoce el proverbial dialecto berlinés, capaz de quitarle la magia y de ponerle los pies en la tierra a cualquier

cosa. Es como si en Berlín se llevara la desafección en los genes. Difícilmente se puede asombrar a alguien de Berlín; en primer lugar, porque siempre lo saben todo y, además, porque tienen un talento especial para dar con el quid de la cuestión. De ahí viene su forma entre desenfadada e indiferente de tratar con el mundo y con las demás personas. Cada cual hace lo suyo: así es la mentalidad berlinesa del vive y deja vivir. En un entorno hostil, floreció aquí de forma espontánea una diversidad de subculturas que en el resto de Alemania Occidental se buscó infructuosamente. El viejo cuplé «has perdido la cabeza, criatura, vete a Berlín a vivir con majaretas» seguía siendo verdad, por mucho que la legendaria transformación cultural de los años veinte —a veces denominados «locos» y otras, «dorados»— se hubiera echado a perder y deslustrado con el paso del tiempo. No deja de ser cierto: aquí crecen flores muy particulares.

Llegué a Berlín Oeste poco antes de la Navidad de 1973, el mismo año en el que Max Frisch se instaló en la ciudad para llevar a cabo su «experimento berlinés». Aquello también fue para mí un experimento, aunque el mío continúa hasta día de hoy y espero que por mucho: la vida como ensayo abierto y dilatado en el tiempo. Al contrario de lo que me pasó a mí, Frisch no tardó en despreciar la ciudad. Acuciado por el miedo a perder su creatividad, huyó a Nueva York para desplegar allí todas sus fuerzas vitales, como cuenta en *Montauk*. En cambio, Berlín fue para mí biotopo de exploración y descubrimiento propios hasta el punto de reinventarme en el sentido más literal de la palabra.

Por supuesto, mis expectativas eran altas, pero la realidad acabó superando a la imaginación. Se impuso lo imprevisible. Esta ciudad podía ser extremadamente banal y aparente, de un espanto terrible y estrecha de miras hasta lo increíble, y al momento siguiente o al doblar una esquina pasaba a ser justamente lo contrario, esto es: extraordinaria. Y era así, sobre todo, porque su población reunía una colección de originales únicos fuera de lo normal.

En un libro sobre Berlín leí que «las grandes ciudades son vagas promesas. Un conglomerado de posibilidades infinitas. Son laberintos»². La primera vez que estuve en Berlín fue para una entrevista de trabajo en la librería Elwert und Meurer y, aunque la visita fue breve, aquel lugar me dejó entrever ese aspecto laberíntico. Vista desde la calle, era una simple tienda con dos grandes escaparates a izquierda y derecha, la puerta de entrada en medio y otra pequeña zona de venta para libros de bolsillo junto al acceso del patio. No se notaba al ver la tienda, pero allí trabajaban un centenar de personas, la mayoría para el envío de libros por correo, un auténtico motor de ventas. Detrás de la tienda había un edificio anexo de dos plantas con un sinfín de escalerillas y corredores que se perdían en el sótano. Esos pasillos enrevesados se me quedaron marcados, como siempre lo hacen las arquitecturas intrincadas, y reaparecían luego en mis sueños ligados a algo inesperado. Lo complejo siempre me ha

2 La cita es de Curt Moreck. *En Führer durch das laterhafte Berlin. Das deutsche Babylon 1931*. Publicado por primera vez en 1931 y reeditado en 2018 en Berlín.

resultado atractivo. Ya en la infancia, nada me parecía más prometedor que los lugares ocultos y, aunque rara vez recuerdo los sueños, sí conservo en la memoria los de aquellos laberintos. Por muy escondidos y tenebrosos que fueran sus espacios y pasillos en los sueños, al final siempre daban al exterior o a una habitación soleada y radiante, con vistas a un jardín o a la calle.

Mi entrevista en Elwert und Meurer fue una doble puesta de largo: mi primera vez en Berlín y mi primer vuelo en avión. El viaje me lo subvencionó mi jefe, Günter Kämpf, dueño de la pequeña editorial Anabas Verlag, en la que trabajaba desde hacía casi dos años. Me acompañó desde Fráncfort a Berlín, porque él tenía también unos asuntos que resolver. Estuvimos a punto de perder el vuelo. Viajamos en coche desde Giessen hasta el aeropuerto de Fráncfort y nos pilló un atasco. «Por favor, déjanos llegar, me espera mi futuro», rezaba yo en silencio. Llegamos cinco minutos antes del despegue y tuvimos que correr hasta la puerta de embarque. Hoy, con tantos controles de seguridad, habría sido sencillamente imposible, pero entonces se limitaron a saludarnos mientras nos dejaban pasar. Sólo tuvimos que enseñar el billete, nadie revisó nuestro equipaje de mano. Creo que sólo tuvimos que identificarnos para el vuelo de vuelta. Subías y bajabas del avión igual que subes y bajas del tren. Qué tiempos tan maravillosos. Era un vuelo de PanAm. Cómo sonaba entonces el nombre: PanAm, igual que el vasto mundo. En la época, los corredores aéreos hacia la isla sólo estaban abiertos para las compañías aéreas aliadas.

Aterrizamos en Tempelhof, un aeropuerto en mitad de la ciudad, con la pista de aterrizaje rodeada por una densa masa de edificios residenciales de los distritos de Kreuzberg, Neukölln y Tempelhof. En el vuelo de aproximación, casi podías tocar los tejados de Tempelhofer Damm. Te asomabas a los salones iluminados de las casas o a los exuberantes balcones llenos de geranios. No fue ni mucho menos la última vez que llegué a Tempelhof o que salí de allí. En ocasiones, las turbulencias empujaban el avión con tanta fuerza hacia abajo que casi nos llevábamos los techos de las casas. Después de aterrizar, te recibía el imponente terminal de llegadas con el que volví a encontrarme por sorpresa décadas después en la estación central de Filadelfia. Y luego, por fin, el inigualable encuentro directo con la ciudad, más allá de aterrizajes turbulentos. Del terminal salías sin transición a la plaza Luftbrücke con el archiconocido Hungerharke (el monumento de Eduard Ludwig al puente aéreo), Tempelhofer Damm a la izquierda y a la derecha Mehringdamm, por donde muy pronto se llegaría a mi apartamento. ¡En ningún otro lugar emergías en mitad de una ciudad!

Para mí, llegar al Kreuzberg de aquella época (que no tiene nada que ver con el de hoy) era volver a casa. Y siempre sentía que habría sido mejor no llegar a marcharme. La vida se movía allí con la cadencia perfecta para las emociones, se ofrecía desnuda pero cálida a la vez, cruda pero sin resentimientos. Viví casi treinta años en la calle Gneisenaustrasse, a sólo un paso del aeropuerto de Tempelhof. Nada más llegar a Kreuzberg, encontré un pequeño apartamento en un edificio contiguo. La ventana de mi habitación daba

a muros cortafuegos; de ellos, el de la izquierda era el más bonito: una pared de ladrillo caravista de cuatro pisos de altura, un mosaico de colores construido con el material que las desescombradoras recuperaron después de 1945 para la reconstrucción, una mezcla de cuatro o cinco clases diferentes de ladrillos. Me encantaba la mezcolanza de ese cortafuegos, igual que si fuera una magnífica pintura. Hoy está perfectamente enlucido, y la obra de arte se ha esfumado. La hierba que crecía aquí y allá entre las grietas de la pared tenía que hacer el papel del jardín inexistente. Siempre me ha maravillado la tenacidad de la naturaleza, incluso algún arbolito conseguía crecer en una grieta durante un par de años —a veces más—, para acabar marchito. Cada primavera me alegraba de la llegada de hojas verdes y frescas. Según cómo soplara el viento, los domingos oía los motores de los aviones arrancar para las pruebas, y su ruido se mezclaba con los sonidos que salían de los apartamentos de alrededor y que el patio amplificaba como un tornavoz: gritos infantiles por allí, traqueteo de ollas por allá, el timbre de un teléfono, ladridos y el inquilino del segundo que tronaba el patio con el aria «Casta Diva» por enésima vez. También María Callas visitaba nuestro patio. Pero me estoy anticipando, de momento no tenía aquel apartamento.

La entrevista de trabajo salió bien. Conseguí el empleo. Un par de semanas después, crucé el puesto de control de Dreilinden y pasé a toda velocidad por el AVUS rumbo a mi nuevo hogar. Hilla, con quien había compartido piso en Giessen, se agenció una furgoneta Volkswagen y con ella

transportamos mis escasas pertenencias a una ciudad que cada invierno mostraba su lado más hostil, es decir, más frío. Al principio encontré habitación con un grupo de personas que habían alquilado una planta entera en un patio de edificios industriales (no recuerdo si era el segundo o el tercer patio interior) de la calle Waldemarstrasse, en mitad del legendario distrito SO36, Sudeste 36. Era enorme, aunque tenía los suelos de hormigón y no resultaba precisamente hogareño. En Berlín se podía oler el invierno; según cómo fuera el tiempo, el humo quedaba atrapado en los callejones de piedra como una bruma de hollín. No era de extrañar, con tantas estufas de carbón. Era como caminar entre chimeneas humeantes. El año 1973 fue el de la crisis del petróleo, y nuestro *loft* de Kreuzberg no tenía calefacción de carbón, sino que se calentaba con gasóleo. La vertiginosa subida de los precios del combustible para la calefacción obligó a nuestra comunidad de vivienda a tomar medidas radicales para recortar los gastos. Después de unas cuentas descorazonadoras, se acordó por decisión colectiva apagar los radiadores de las habitaciones privadas y sólo se caldeaban la cocina, el baño y la sala común. Yo compartía una enorme habitación con una pareja de estudiantes a quienes ya me unía una amistad en Giessen. Tenía unos ventanales de cristal enormes en toda su extensión, no menos de veinte metros, con marcos de metal por los que se colaba el frío. En un instante, era como estar en Siberia. El ventanal se convertía en un campo escarchado, como flores de hielo cuya belleza exótica nos hacía perder el sentido cada noche entre las gélidas sábanas. Aquello se transformaba enseguida

en una gruesa capa de hielo, y te convencías de que Siberia comenzaba al cruzar el Elba.

No volvía a entrar en calor hasta meterme en el metro, de camino al trabajo. Subía en Kottbusser Tor y bajaba en Inssbrucker Platz, con trasbordo en Nollendorfplatz; y, en aquel trayecto, descubría un auténtico universo de historia e historias. Literalmente, lo absorbía todo y siempre estaba a la búsqueda de huellas. Aprendí a leer la ciudad, comprendí lo que había perdido y paulatinamente me sentí en casa con lo que quedaba. En aquella época, el transporte público de Berlín no sólo ofrecía calor, sino que también se apiadaba de quienes fumábamos. Mi marca favorita de cigarrillos era Gitanes. En el metro había vagones en los que se permitía fumar y en los que no, con y sin humareda, en igualdad. En los autobuses de dos pisos, también se podía fumar en el de arriba con sus filas de cuatro asientos (!), y el ambiente solía estar tan cargado que se podía cortar. Al principio me sorprendió... claro, estábamos en Berlín.

Mi segundo refugio provisional tenía una confortable estufa de cerámica, aunque tuve que aprender a usarla —era excepcional que una de esas estufas explotara, pero de vez en cuando se daba el caso—. Por un tiempo, pude utilizar aquel pequeño apartamento de un amigo al que acababa de conocer. Tenía habitación y cocina, y, al otro lado del pasillo, había otro apartamento con la misma distribución exacta y con el que compartía una puerta que daba al patio de luces. No había cuarto de baño, el retrete estaba a mitad de la escalera y lo usaba toda la planta. Pobre de ti si tenías alguna urgencia y, desde luego, era mejor no andarse

con muchos escrúpulos. Era una vida bastante ruda, sobre todo si sumamos que en uno de los patios había un desolladero. Con todo, también allí vivían almas delicadas y mágicas, eso sí, con los nervios bien templados.

A pesar de lo inhóspito y gélido de mi acogida, desde el primer momento supe que aquella ciudad era la mía. Lo tuve claro, aunque tenía veinte años recién cumplidos y apenas había visto mundo: Núremberg, la provinciana Giessen, algo de Múnich, Fráncfort y Colonia, donde pude visitar a Wolf Vostell, un artista al que idolatraba. Ya no sé de dónde saqué su dirección, pero me planté directamente en la puerta de su casa para decirle cuánto me gustaba su trabajo. Nunca he tenido miedo al contacto. En cierto modo, siempre me ha acompañado la sensación de que el mundo estaba ahí para mí, esperando a que lo descubriera y tomara posesión de él, aunque no se abriera desde el primer momento. Antes o después daba yo con alguna puerta o un pasadizo.

Berlín no se parecía en nada a ninguna otra ciudad, de eso no cabe duda. Ya no quería marcharme. Me decía que la primavera acabaría llegando y que para entonces tendría mi propio piso. Y en efecto, encontré el apartamento del patio trasero del que ya he hablado. En él tenía una habitación enorme y una cocina con un arcón debajo de la ventana en el que cabían cuatro quintales de briquetas (el consumo mensual para un invierno normal). Este apartamento también se calentaba con una estufa de cerámica, y el elemento estelar era una ducha recién instalada. Eso sí que era un lujo, porque en la mayoría de los pisos pequeños de edificios antiguos no había cuarto de baño privado. Algo

así sólo lo tenían los pisos que daban a la calle, reservados para personas más acomodadas. Así pues, lo mío era un auténtico privilegio y durante mucho tiempo siempre venían amistades a casa para ducharse, provistas de jabón, toallas y los últimos cotilleos.

Lo mío con Berlín fue amor a primera vista. Me enamoré de la ciudad como te enamoras de una belleza ajada, sentía que en su corazón aún ardían brasas que calentaban el mío. Tampoco había perdido la gracia. Ni una grandeza que transmitía en gestos ampulosos, aunque ya algo deslavazados. Leí a Joseph Roth —quien ciertamente no era admirador de Berlín— una definición de la ciudad que seguía siendo válida, a pesar de la destrucción de la guerra y de la división, porque la energía de la que se hablaba en ella seguía ardiendo, incluso con peculiar actualidad: «Esta ciudad (...) está fuera de Alemania, fuera de Europa. Es capital de sí misma. No se nutre del campo. No recibe nada de la tierra sobre la que está construida, sino que la convierte en asfalto, tejas y muros (...). Es la esencia de una ciudad».³

De hecho, la isla que era Berlín Oeste podía concebirse como la idea de una ciudad que solamente vivía para sí misma, aislada de todas las funciones y de todos los significados anteriores, y con una población que también existía ante todo para sí misma. En cierta manera, en ella todo transmitía cierta irrealidad y, sin embargo, nunca dejaba de incordiarte la existencia impregnada de hollín, del olor de paredes mohosas, de los vapores de cerveza agria del bar

3 *Fuga sin fin*, citado por la traducción de J. L. Vernal.

de la esquina y de grasa rancia de fritanga. Cuando mi madre, que vivió aquí un par de años durante la guerra, vino a visitarme a finales de los años setenta, le llamó la atención el olor a humedad y a quemado de los túneles de metro y de suburbano, que fueron trampas mortales muchas noches de bombardeo de la guerra. Le traía unos recuerdos espantosos. A pesar de la indiferencia típica de Berlín, la ciudad sabe meter el dedo en la herida cuando menos te lo esperas. Hoy ese extraño olor a catacumba ha desaparecido.

Tengo la sensación de que en Berlín falta el afán por llegar más alto; en su lugar, importa más el momento, el aquí y ahora, lo que se tiene entre manos. Su sentido de la realidad era y sigue siendo eufemismo de indiferencia, pero con resultados productivos porque la ciudad permite que se haga realidad cualquier cosa: rincones de mugre, briznas de hierba entre los adoquines y la condición humana en todas sus formas particulares y únicas. Por cierto que, gracias a ese carácter caótico y desordenado, Berlín está repleta de ruiseñores. Aquí tienen los matorrales que les encantan para criar. Nadie nos supera en esto. Me gusta recordar que los ruiseñores tienen afición por vivir aquí. Durante un tiempo hacía transbordo en la estación de suburbano de Halensee y, mientras esperaba el tren, uno de esos diminutos prodigios vocales entonaba hermosas arias.

Ruiseñores o no, esta ciudad no nos regala nada a los seres humanos, aunque tampoco le importa que reclamemos su propiedad. Incluso le gusta, como pronto descubrí. En un texto sobre los años berlineses de David Bowie leí que podías amoldar la ciudad a tus propios deseos. Era

exactamente así. Y así lo recuerdan también Iggy Pop y la fotógrafa Ester Friedman. La ciudad era un lugar tan bueno como peligroso para dementes y artistas. En ella, podías perderte y pasar al olvido, pero también mantenerte al día para lograr hacer algo importante.

Al igual que David Bowie, el cantante punk Iggy Pop vivió en Schöneberg, en la calle Hauptstrasse 155. El primero, en un apartamento de siete habitaciones de un edificio con vistas a la calle; el segundo, en un edificio trasero: el orden es importante. En el parque Kleistpark, la calle pasa a llamarse Potsdamer Strasse, y no tenía precisamente buena fama en aquella época, aunque en Berlín lo suntuoso y lo vulgar gustan de compartir espacio. Ante la convivencia inevitable, se cultiva el arte de ignorarse mutuamente, otro talento muy desarrollado en Berlín. A pesar del desierto de asfalto y de la isla artificial, la vida seguía siendo muy natural. Había carbonerías en cada esquina, casi siempre con un bar al lado, y donde había carbón, solía haber también patatas. Esas tiendas me parecían puro arcaísmo; recuerdo cómo olían a campo, a mina y a bodega mohosa. En uno de los patios traseros de Potsdamer Strasse, en los años setenta, había incluso vacas que nunca habían visto un campo de hierba y cuya leche se vendía fresca en la tienda de al lado.

Nada más pasar el Landwehrkanal, la vieja Potsdamer Strasse desaparecía bajo la nueva biblioteca estatal de Hans Scharoun. Tras el edificio había algo parecido al fin del mundo, un terreno baldío llamado Potsdamer Platz con el Muro y las plataformas panorámicas con vistas al régimen del otro lado de la frontera. Allí seguía, como por

casualidad, la antigua bodega Weinhaus Huth y, un poco más hacia el oeste, un vestigio del otrora magnífico hotel Esplanade. El antiguo centro de Berlín, la que en su día fue la plaza más concurrida de Europa continental, se había convertido en un paraíso para los conejos. Solamente el suburbano conservó su ruta transfronteriza y seguía chirriando y retumbando bajo tierra como un tren fantasma. Aquí lo absurdo era normal.